

Darwin y el sentido moral

José Luis Velázquez

*But there can hardly be a doubt that
we are descended from barbarians.*

Charles Darwin

I

La incorporación de la teoría de la evolución a las ciencias sociales comienza poco después de la publicación de la obra de Ch. Darwin *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*¹ en 1871, y se consolida con la publicación de los primeros ensayos de E. O. Wilson en la segunda mitad del siglo XX. Desde entonces hasta la fecha, las relaciones entre ética y darwinismo han sido blanco de muchas objeciones entre las que cabe destacar cuatro². La primera, que el naturalismo darwiniano ignora la separación radical entre el «es» y el «debe» al deducir valores y normas morales a partir de hechos biológicos. La segunda, que la perspectiva evolucionista ha conducido a identificar la moral con el altruismo dejando sin explicar otras dimensiones de la moral como la justicia. En tercer lugar, se ha afirmado que la ética evolutiva o evolucionista promueve un determinismo biológico incompatible con la libre voluntad que es la condición que posibilita la moral y el derecho. Como cuarta objeción, se aduce que la moral y la política son el resultado del aprendizaje social y no de los instintos biológicos. Al margen de todo esto y de la complejidad que ha ido ganando la reflexión moral gracias al impulso de la genética y la psicología evolutiva, la originalidad del planteamiento de Darwin radica en abordar la cuestión del origen de la moral «exclusivamente desde el punto de vista de la historia natural» (p.100, DM). Hasta entonces las respuestas más influyentes sobre el origen y la naturaleza de la moral eran dos³. La primera explica la moral como el intento necesario por sintonizar nuestra naturaleza imperfecta con la voluntad de Dios. Su mito de origen es la Caída del hombre, causa de la imperfección de la naturaleza humana según se narra en el libro del *Génesis*. Esta perspectiva religiosa mantiene además que la inserción del alma introdujo de golpe la inteligencia y una amplia gama de nuevas motivaciones entre las que sobre-

sale la motivación altruista. La segunda respuesta, procedente principalmente de los griegos y Hobbes, explica la ética simplemente como un mecanismo de la prudencia egoísta apoyándose en el mito de origen del contrato social. Según el modelo del contrato social, todos los seres animados eran por igual egoístas y los seres humanos fueron los primeros egoístas *ilustrados* gracias a la capacidad intelectual para calcular.

Insatisfecho con estas dos respuestas, pues ni la creencia religiosa en un Dios creador o hacedor de todos los seres vivos es universal, ni el egoísmo puede dar cuenta de todas las acciones morales, Darwin va a proponer como alternativa una explicación del origen de la moral apoyándose en los dos argumentos centrales de su teoría sobre el origen de las especies: el argumento de la ascendencia común y el argumento de la selección natural⁴. El argumento de la ascendencia común cuestiona el lugar privilegiado que le han concedido al ser humano distintas tradiciones religiosas y una innumerable cantidad de filósofos. En contraposición, Darwin afirma que la especie humana no es una especie creada al margen de las demás, pues tiene como antepasados o parientes lejanos a los animales. «El hombre —escribe Darwin en el capítulo final de *The Descent of Man*— desciende de un cuadrúpedo velludo con rabo, arbóreo en sus hábitos y habitante del Viejo Mundo» (DM, 633). El argumento de la selección natural, complementario del argumento de la ascendencia común, es el que le sirve para explicar que los seres vivos no son el resultado de ninguna fuerza sobrenatural o producto de la habilidad de un diseñador inteligente sino resultado de la adaptación de las especies a las presiones medioambientales y la constitución hereditaria de los individuos supervivientes.

Estos dos argumentos están presididos por la idea de la gradualidad presente en su teoría de la evolución y en su concepción de la moral⁵. La gradualidad permite entender la transformación de los instintos psíquicos que comparte el hombre con las demás especies y su incorporación a la herencia a través de la evolución por selección natural. Además, sirve para explicar la formación de la conciencia moral en correlación con la formación de los grupos y sociedades en donde aparecen los códigos éticos y las pautas de conducta. Darwin, con el esquema que le brinda la teoría de la evolución y el mecanismo de la selección natural, articula los tres ejes de la concepción del origen de la moral: el desarrollo y perfeccionamiento de las facultades intelectuales (abstracción, reflexión y ponderación), el de los «instintos sociales» y el de las sociedades humanas.

Ahora bien, Darwin va a señalar que el argumento de la ascendencia común recoge un punto de inflexión que permite diferenciar a los seres humanos del resto de los animales. La frontera decisiva está marcada por la moral, de ahí que Darwin afirme: «Suscribo plenamente la opinión de aquellos autores que sostienen que entre todas las diferencias entre el hombre y los animales inferiores, la más importante es de lejos el sentido moral o la conciencia» (DM, 100). Si unimos esto a lo anterior y tenemos en cuenta que no existe una ruptura brusca entre el mundo animal y el mundo humano sino una línea de continuidad, hemos de concluir que la moral tiene que estar supeditada a una evolución gradual similar.

Lo que sigue es una reconstrucción de los argumentos de Darwin incluidos en su obra *The Descent of Man* sobre el origen y naturaleza de la conciencia o el senti-

do moral. Me ocuparé de mostrar que la plausibilidad de la perspectiva evolutiva darwiniana sobre la moral radica en su concepción naturalista de la motivación moral del ser humano basada en el mecanismo psicológico de la simpatía. Al igual que sus contemporáneos, los miembros de la escuela escocesa del *moral sense*, Darwin considera a la simpatía fuente de los sentimientos morales y el fundamento universal y común que convierte al ser humano en un sujeto moral. Sin embargo, la originalidad principal de Darwin con relación a la simpatía radica en dos puntos acertadamente señalados por C. J. Cela Conde⁶. Por un lado, la universalidad de la moral queda asegurada al considerar a la simpatía «un sustrato común de toda la especie humana capaz de orientarse en múltiples direcciones», como lo reflejan los diversos códigos éticos existentes. Y por otro lado, Darwin va a proporcionar una elegante vía de unión entre el sustrato psíquico y la normativa moral, entre el mundo del «motivo» y el mundo del «criterio». Es decir, una conciliación entre la esfera que contiene lo que nos impulsa a actuar moralmente y la esfera de lo que nos permite discernir las acciones morales de las que no lo son. Esta solución, resultado de combinar «el progreso de un instinto» y la «racionalidad perfeccionada», es la que nos hace pensar, con palabras de C. J. Cela Conde en una especie de «tiranía de la naturaleza humana» sobre algunas convenciones sociales como la esclavitud y no pocas ideas absurdas derivadas de las creencias religiosas.

II

La concepción de Darwin sobre el origen del sentido moral pretende demostrar que no existe contradicción entre el origen animal del hombre y las características que hacen de él un agente moral. El argumento de la ascendencia común queda contrastado no sólo en términos evolutivos generales sino también en lo que se refiere a un amplio contenido psicológico y afectivo. Este tipo de parentesco entre hombres y animales cree haberlo demostrado Darwin cuando afirma: «*el hombre y los animales superiores, en especial los primates, tienen algunos instintos comunes. Todos poseen los mismos sentidos, intuiciones y sensaciones; sienten pasiones parecidas, afectos y emociones, aunque sean tan complejas como los celos, la sospecha, la emulación, la gratitud y la generosidad; practican el engaño y la venganza; están expuestos al ridículo, incluso tienen sentido del humor; sienten admiración y curiosidad; al mismo tiempo poseen las facultades de imitación, atención, deliberación, elección, memoria, imaginación, asociación de ideas y razón, aunque en grados muy diferentes*» (DM, 81). Darwin cuestiona a los autores que se han dedicado a separar de forma radical al hombre respecto de otros animales basándose en el uso de instrumentos, la invención del fuego, el sentido de propiedad, la conciencia de sí mismo, la capacidad de abstracción, la facultad del lenguaje, el sentimiento de belleza y la creencia en Dios (DM, 84 y ss.). Darwin no obvia estas diferencias, pero insiste en que son diferencias de grado más que diferencias esenciales. El hecho de que estén más marcadas en el hombre obedece al proceso de selección natural y a un mayor desarrollo de las facultades mentales. Lo cual no es obstáculo, nos dice Darwin, para que en una misma especie estén representados todos los niveles de inteligencia: «desde la imbecilidad más abrumadora hasta el grado de inteligencia más elevada» (DM, 81). Entre los

primates y los humanos median cinco millones de años, pero poseen muchos instintos, pasiones y emociones comunes, así como facultades similares. Desde los más sencillos (temor, alegría, ansiedad) hasta otros más complejos como la sospecha, la gratitud, la generosidad, el sentido del ridículo y la memoria. Y añade Darwin: «a juzgar por la analogía de la mayoría de los cuadrúmanos, es probable que los progenitores simios del hombre fueran también sociables (...), y no hay razón para suponer que no hayan conservado desde épocas muy remotas algún grado de simpatía y afecto por sus semejantes» (DM, 112).

Compartimos los instintos básicos y los instintos sociales con los animales, pero es la moral lo que nos distancia de ellos. «Una inmensidad —nos dice Darwin— separa el espíritu del hombre más bajo del animal más elevado» (DM, 130): la conciencia o el sentido moral (DM, 100, 131). La adquisición de la categoría de sujeto moral no se puede entender reparando en aspectos externos, del mismo modo que no se puede distinguir al héroe del santo observando las consecuencias de sus acciones. El afecto recíproco, al igual que las muestras de lealtad, obediencia y ayuda mutua, son manifestaciones sociales con valor moral. Y si ese calificativo sólo puede atribuirse al hombre es porque en sus acciones incorpora motivos y criterios morales imposibles de detectar en los animales. El comportamiento del papión, que expone su vida y acude a socorrer a un miembro rezagado de la banda, o el del perro de Terranova, que salva a un niño de morir ahogado, así como el de algunas aves (cuervos y pelícanos) que se enfrentan a los peligros y desgracias de sus semejantes, nos parecen ejemplos de heroísmo y simpatía, pero, en sentido estricto, no son acciones morales. En cambio, «el hombre es el único ser que con certeza puede ser considerado moral, y decimos que sus acciones son morales, ya sean ejecutadas por reflexión después de luchar con motivos enfrentados, ya se deban a impulsos del instinto o por efecto de hábitos lentamente adquiridos» (DM, 115). Esta doble posibilidad, como ha apuntado C. J. C. Conde, no está libre de una cierta circularidad y nos lleva a preguntarnos si el hombre tiene sentido moral porque puede discriminar entre diferentes motivos o si ocurre que puede discernir motivos porque el hombre tiene sentido moral. Para valorar hasta qué punto Darwin logra romper esa circularidad será necesario pasar revista a la naturaleza de los instintos sociales y al papel que desempeñan dentro del marco de deliberación moral.

A modo de «hipótesis», Darwin establece que el sentido moral tiene su origen en los instintos sociales: «cualquier animal dotado de instintos sociales bien definidos, incluidos los vínculos afectivos de parentesco, llegaría inevitablemente a la adquisición del sentido moral o de la conciencia cuando sus facultades intelectuales alcanzan o se aproximan al desarrollo al que han llegado en el hombre» (DM, 101). Ahora bien, ¿cómo podemos aceptar la adquisición del sentido moral a partir de una situación no probada o simplemente hipotética? ¿No tendríamos más bien que demostrar el origen de esos instintos sociales para explicar el origen de la moral? Darwin lo que quiere apuntar con esa «proposición altamente probable» es que si atendemos a los hechos y los ordenamos en una perspectiva gradual podemos llegar a la conclusión de que la moral humana es un producto de la evolución natural y, en consecuencia, podemos descartar las alternativas de corte religioso o aquellas que se apoyan exclusivamente en móviles egoístas.

Llama la atención, en primer lugar, que en la exposición de Darwin los términos «instinto», «emoción», «sentimiento», «inclinación» o «disposición» carecen de un significado claro y estable. En el capítulo VIII de *El Origen de las especies*, Darwin reúne una amplia serie de observaciones sobre el contenido de la vida psicológica de animales inferiores y superiores, pero se desentiende de dar una definición precisa o manejable de lo que son los instintos. Se limita a decir que los instintos forman parte de la constitución natural de algunos seres vivos, son los causantes de reacciones espontáneas que no requieren aprendizaje o experiencia y «son tan importantes como las estructuras corporales para la prosperidad de la especie». En *La expresión de las emociones en los animales y el hombre* (1872), donde se recogen minuciosas descripciones de diferentes tipos de acciones como los actos reflejos (estornudar, toser, el cierre de los párpados ante una corriente de aire) o hábitos que se incorporan a la vida diaria, Darwin reitera que existen algunos instintos que van a determinar conductas sin la participación de la razón, la experiencia o la educación.

En el capítulo 3 de *The Descent of Man*, Darwin señala que en los animales y en los hombres existen dos tipos de instintos: los instintos naturales y los instintos sociales. Ejemplos de los primeros son los instintos de «supervivencia, el amor sexual y el amor materno-filial». Los instintos sociales, en cambio, son una extensión de los afectos paterno-filiales y tienen una enorme utilidad para la vida comunitaria al favorecer el intercambio de servicios y reforzar las relaciones entre los miembros pertenecientes a un grupo. Según se ha constatado, el origen de los instintos sociales está relacionado con el afecto materno-filial y el largo período en que permanecen las crías con sus padres. Sin embargo, Darwin reconoce que ignoramos algunas fases de su desarrollo: «respecto al origen del afecto paterno-filial, que aparentemente constituye la base de los instintos sociales, no sabemos los pasos que se han dado hasta su adquisición, pero podemos deducir que ha sido consecuencia en buena parte de la selección natural» (DM, 109). A estas dudas se añade una respuesta vacilante para dar cuenta de la forma en que se transmiten. Por un lado, adopta la tesis de Lamarck sobre la herencia biológica de generación en generación para afirmar que las cualidades y rasgos del carácter pasan de padres a hijos al igual que otros rasgos. Por otro lado, ante la ausencia de pruebas que demuestren esto último, le parece más plausible atribuirla a la transmisión cultural y a la ayuda del «hábito, la instrucción y el ejemplo» (DM, 127-128).

El proceso que describe el origen del sentido moral o conciencia incluye cuatro estadios (DM, 101-102). En el primer estadio, los protohumanos tenían que desarrollar una serie de instintos (instinto de conservación, deseo sexual, amor materno-filial) lo suficientemente fuertes como para mantenerse unidos en grupos. En el segundo, los miembros tenían que haber desarrollado facultades intelectuales para que el cerebro y la memoria pudieran retener imágenes del pasado y los motivos que les llevaron a actuar de una manera determinada y no de otra. El tercer estadio, coincide con la adquisición del lenguaje, momento en que los miembros de los grupos y las comunidades pueden formular sus deseos, transmitirlos a los demás y elogiar y censurar la conducta de sus compañeros. En el cuarto estadio, finalmente, el comportamiento se estabiliza con el reforzamiento de las pautas de conducta mediante la adquisición de hábitos y costumbres.

A partir de este esquema, podría sacarse la conclusión de que el sentido moral aparece sin más como una consecuencia necesaria de combinar una serie de instintos sociales adquiridos evolutivamente, el desarrollo de las facultades intelectuales (lenguaje, memoria, etc.) y la consolidación de la conducta. No obstante, la cuestión no es tan sencilla y, por eso, Darwin nos advierte: «es insostenible que los instintos sociales del hombre (incluidos el aprecio por el halago y el temor a la censura) posean mayor fuerza, o hayan adquirido, por una costumbre prolongada, mayor fuerza que los instintos de supervivencia, hambre, lujuria, venganza, etc.» (DM, 115). Y añade a continuación: «devolver bien por mal, amar a nuestros enemigos, es una altura moral a la que no hubieran podido llevarnos por sí solos los instintos sociales. Es necesario que estos instintos sociales, junto con la simpatía, hayan sido cultivados ampliamente y extendidos con la ayuda de la razón, la instrucción y por amor y temor de Dios antes de que se pudiera pensar u obedecer Regla de Oro alguna» (DM, 116, nota 27). Admitir que el hombre es un ser social y que su sentido moral es producto de la evolución mediante selección natural no completa la explicación de Darwin, y por eso, es necesario examinar cómo se combinan los tres elementos que configuran a la conciencia o al sentido moral. Siguiendo a D. D. Raphael⁷ distinguiré tres dimensiones del sentido moral: la capacidad para formular juicios morales, el motivo específico del sentido del deber y el sentimiento de remordimiento que se deriva de la realización de una acción contraria al sentido del deber. La primera dimensión está relacionada con la facultad para expresar, mediante el lenguaje, la aprobación o desaprobación de la conducta; la segunda, con la acción reflexiva que confronta los motivos para seguir o no una acción; y la tercera, apunta a sentimientos como el remordimiento, la vergüenza o la culpa que actúan como sanciones morales de las acciones.

III

Como en su momento hiciera Aristóteles, Darwin⁸ también sostiene que el lenguaje es un rasgo enteramente peculiar del ser humano, representa una ventaja evolutiva y es el exponente de su superioridad intelectual. Sin negar que muchos animales se valen de recursos y códigos lingüísticos rudimentarios para comunicarse y transmitir información, el lenguaje articulado del hombre y el desarrollo del cerebro han determinado la evolución de su capacidad intelectual. La relación entre el lenguaje y la deliberación moral se pone de manifiesto cuando atendemos a dos aspectos. Por un lado, a las dos formas básicas del lenguaje proposicional: las proposiciones que expresan opiniones o creencias y las que expresan deseos o exigencias en el modo imperativo. Por otro lado, la importancia del lenguaje no radica únicamente en su vertiente comunicativa sino en el hecho de que uno pueda avalar con razones sus acciones y las de los demás. Quien adopta una posición sobre algo con relevancia moral se ve expuesto a una diversidad de posiciones que le obliga a respaldarla mediante razones. Es la capacidad lingüística la que permite conocer cómo se expresa desde el punto de vista moral una comunidad y, de manera más concreta, las exigencias sobre cómo «debe contribuir cada miembro a favor del bien público» (DM, 101). Mas aún, la opinión pública se configura bajo la

forma de juicios «expresados con palabras» de aprobación o censura (DM, 113); y si bien estos sirven de guía al comportamiento de cada individuo, deben contrastarse con «sus convicciones cotidianas controladas por la razón» (DM, 635).

Alcanzamos ahora lo que Darwin considera el punto principal sobre el que gira toda la cuestión del sentido moral: «¿Por qué cree el hombre que debería obedecer a un deseo instintivo antes que a otro?» (DM, 113). Dicho de otro modo: ¿cómo llegan a predominar los instintos sociales de cooperación frente a los intereses o deseos egoístas? Antes de actuar, el hombre está sometido a una tensión como consecuencia de la presencia de instintos egoístas, de venganza o de codicia, y los sentimientos de afecto y simpatía. Para dar muestras de autodominio (*self-command*) y poner restricciones a sus ambiciones e intereses con vistas a no lesionar los intereses de los demás, tiene que ponderar la utilidad de la conducta y saber a qué instinto obedecer. La clave para entender cómo llega el hombre a doblar instintos contrarios a la ayuda mutua, la cooperación y la vida social en general reside en tres puntos: la temporalidad y el carácter pasajero de los instintos negativos como la venganza o la codicia; el deseo de obtener la aprobación pública de los demás bajo la forma de juicios morales expresados verbalmente; y finalmente, el desarrollo de las capacidades intelectuales de la memoria y la inteligencia (DM, 634). Los instintos de los animales que viven en sociedad «son persistentes y están siempre presentes». Sin embargo, no se puede afirmar que en el caso del hombre «los instintos sociales posean mayor fuerza que los instintos de auto-conservación, hambre, lujuria, venganza, etc.» (DM, 115). Para Darwin, la persistencia u omnipresencia de los instintos sociales en los seres humanos se debe a la corta duración de los instintos negativos, a las «facultades mentales» que permiten la retención y al paso incesante y con claridad de las «impresiones e imágenes del pasado» por la mente (DM, 115). Los deseos de satisfacer el hambre, la venganza o la codicia tienen una «naturaleza temporal y pueden satisfacerse totalmente de modo temporal». Por eso, cuando estos deseos se realizan, las satisfacciones que proporcionan resultan ser sentimientos más débiles que los deseos originales (DM, 116). Se ha objetado que esta respuesta sobre la perdurabilidad de los instintos sociales de ayuda y cooperación sobre los instintos egoístas no es convincente, pues si bien puede afirmarse que el hambre es un instinto temporal, no resulta tan sencillo decirlo, como apunta el propio Darwin, de otros sentimientos como la enemistad y el odio «muy persistentes y en mayor grado quizás que ningún otro» (DM, 116, n. 27). Y es que si la adquisición de la conciencia moral coincide con el desarrollo de la capacidad de reflexión, no se puede descartar que ocurra lo mismo con los instintos egoístas. Como se ha dicho⁹, esto no cuestiona la tesis central sobre la evolución de la conciencia a partir de facultades que el hombre comparte con los animales, pero sí debilita la idea de que la dirección de la evolución y la moralidad sean totalmente coincidentes.

Una forma de superar esta dificultad sobre la persistencia de los instintos sociales de ayuda y cooperación es la que brinda S. Uchii basada en la distinción entre la evolución de una estrategia conductiva y la evolución de las propiedades psicológicas que acompañan a la estrategia conductiva¹⁰. Con relación a la primera, Uchii sostiene que Darwin prefiere creer que, si bien la moral puede suponer un perjuicio para los intereses individuales en términos de *eficacia reproductiva*, la con-

ducta moral basada en la cooperación sí es beneficiosa para la comunidad a la que se pertenece: «una tribu que incluyera a muchos miembros que, por poseer en alto grado el espíritu de patriotismo, lealtad, obediencia, valor y simpatía, estuvieran dispuestos a ayudarse entre sí y a sacrificarse por el bien común, se impondría sobre la mayoría de las demás tribus y eso sería selección natural» (DM, 137). Otro tipo de conducta o estrategia diferente, que redunde en los instintos sociales y abarca un ámbito más pequeño que el anterior, pero que puede evolucionar hasta convertirse en dominante, es la conducta conocida bajo la denominación de *altruismo recíproco*. Para asegurar este comportamiento tienen que cumplirse dos condiciones: que los mismos individuos interactúen reiteradamente y que tengan una capacidad de memoria para responder a una demanda previa de un semejante. Según Darwin, estas dos condiciones se cumplen en la medida en que los instintos sociales implican el hábito de frecuentes interacciones y en la medida en que las facultades intelectuales proporcionan la capacidad para desplegar una estrategia racional ajustada a los intereses de los implicados.

Con relación al segundo aspecto de la conducta evolutiva está comprobado que cualquier estrategia del comportamiento humano requiere la participación de un soporte psicológico bajo la forma de sentimientos y emociones que acompañen a los instintos sociales y a la inteligencia. Los seres humanos, a diferencia del comportamiento altruista genéticamente determinado de las abejas estériles o el comportamiento egoísta de las golondrinas, cuyo instinto de emigración prevalece sobre el instinto de amor materno-filial, se distinguen por la capacidad de deliberación y la intensidad e influencia de los instintos tanto biológicos como sociales. Así, mientras algunos hombres sienten pesar por haber dejado de salvar a alguien de morir, otros vencidos por el instinto de conservación, no tienen ese remordimiento.

Con todo, siguen existiendo dificultades en la explicación de Darwin que no han pasado desapercibidas y han sido objeto de una larga discusión. ¿Cómo se pueden compatibilizar los componentes psicobiológicos que impulsan a los seres vivos a mantener relaciones de cooperación y ayuda bajo la influencia de los instintos sociales, si el mecanismo de la selección natural que explica la evolución actúa en el ámbito individual y no sobre grupos? O dicho de otro modo, si los individuos tienen que garantizar su existencia en un medio hostil a causa de la limitación de recursos, entonces el altruismo o la cooperación no podrían existir, ya que quienes sigan esas pautas de comportamiento ponen en peligro sus vidas por el propio proceso de selección natural. Al margen de la fuerte controversia acerca de si Darwin estaba en un error o no cuando apela a la selección de grupo, nos importa retener ahora que la explicación darwinista del comportamiento moral encaja mal en un esquema rígido y requiere ahondar un poco más en otros aspectos no menos centrales de la naturaleza humana.

En el marco de la actuación social, el ser humano está expuesto a sanciones externas y a sanciones internas. En el primer caso, si coopera o responde a las expectativas de los demás, obtendrá el respaldo de sus compañeros en forma de aprobación y, en su caso, de elogio. Quien en cambio no responde a la confianza o rompe reglas de la reciprocidad, está expuesto a la censura y a la desaprobación. Darwin se detiene especialmente en lo que se refiere a las sanciones internas y de

modo particular en los sentimientos de «remordimiento, arrepentimiento, dolor o vergüenza» (DM, 117), cuya intensidad y naturaleza dependerán de «la fuerza del instinto violado, de la fuerza de la tentación, y mucho más del juicio de nuestros semejantes» (DM, 117). Darwin nos dice que si un ser humano actúa de manera contraria al instinto social con el objeto de satisfacer sus deseos, «no podrá impedir que las imágenes del pasado se sucedan sin cesar en su alma, encontrándose forzado, por eso, a comparar las imágenes de otros tiempos del hambre, las venganzas satisfechas o los peligros evitados a costa de otros, con el instinto, casi siempre presente, de la simpatía y con sus primeras nociones sobre lo que los demás consideran objeto de elogio o de censura. Estas nociones no se pueden desenterrar de su entendimiento (...)» (DM, 116). Una vez constatados los sentimientos, el hombre con la ayuda de la conciencia y cierta capacidad de anticipación, adquiere un dominio sobre sí mismo (*self-command*) que le permite ordenar los sentimientos, prever las consecuencias que se siguen de determinadas acciones, obedecer a los impulsos más persistentes y valorar cómo sus acciones van a contribuir «al bien del prójimo». De ahí que Darwin afirme que «la conciencia mira hacia atrás y sirve de guía en el futuro» (DM, 117).

¿Puede haber alguien ajeno al remordimiento? Darwin nos dice que quien carece de instintos sociales o de voluntad para imaginar una situación objeto de desaprobación por parte de los demás y está dispuesto a romper los vínculos con sus semejantes, sería una bestia («*unnatural monster*», DM, 116). A falta del sentimiento de simpatía, «la bestia» desprecia el placer de la compañía, y la desaprobación o censura pública le resulta indiferente (DM, 119-120). Todo lo contrario de lo que les ocurre a quienes están dotados de sensibilidad y conciencia moral que, sin necesidad de estar expuestos realmente al reproche público, se representan en su imaginación el dolor en forma de vergüenza o culpabilidad (Cf. DM, 116). Darwin añade otro tipo de hombre moral caracterizado por la falta de simpatía y voluntad para hacer prevalecer los instintos sociales. En este caso, estamos ante «un hombre esencialmente malo, y no tendrá más motivo para refrenar sus acciones que el temor al castigo y la convicción de que a la larga lo mejor para sus intereses egoístas será respetar el bien de los demás en lugar del suyo propio» (DM, 120). Habría que considerar a este tipo de seres humanos deficitarios en términos de conciencia moral, ya que su conducta estaría determinada por sanciones externas y no por vínculos afectivos con los demás.

IV

La simpatía, que es deudora del planteamiento de los autores de la escuela escocesa del *moral sense*, ocupa un lugar central en la concepción darwiniana de la moral. Asume como Hume «que todos tenemos conciencia de que poseemos sentimientos simpáticos» (DM, 112). Independientemente de cual sea su origen, lo importante para Darwin es que la simpatía es producto de la selección natural, forma parte esencial de los instintos sociales y se refuerza mediante el hábito, la experiencia y la razón. Como ocurre con otros instintos característicos de los seres sociales, no es un rasgo distintivo del ser humano, pues está presente en «todos los

animales que se ayudan y se defienden mutuamente». La simpatía es lo que lleva a un perro a salir en defensa de su amo ante el ataque de un enemigo y lo que determina la solidaridad entre los pingüinos o los cuervos. Sin embargo, en el caso del ser humano, la simpatía no queda reducida a un mecanismo instintivo, sino que incorpora elementos reflexivos que contribuyen a afinar y a extender la sensibilidad moral más allá de su lugar social y natural de origen. En aras de una mayor claridad, se podrían distinguir dos niveles en el ámbito afectivo y reflexivo de la simpatía humana. En un primer nivel, encontramos una simpatía instintiva que nos empuja a sentirnos afectados por las alegrías, pero especialmente por las miserias que padecen los seres humanos «más desvalidos». Este sentimiento es inherente a la condición humana, ya que «nadie puede reprimirlo aun en el caso de prescribirlo severas razones, sin que la parte más noble de su naturaleza no se deteriore» (DM, 139). En un segundo nivel, la extensión de la simpatía se produce de la mano de una mayor cultura moral: «a medida que el hombre se civiliza y que las tribus más pequeñas se unen para formar comunidades, la simple razón dicta a cada individuo el deber de hacer extensivos los instintos sociales y la simpatía a todos los que forman parte de una nación, aunque personalmente no les sean conocidos. Llegado a este punto, sólo queda una barrera artificial que impida a su simpatía extenderse a todos los hombres de todas las naciones y razas» (DM, 126). Sin embargo, es en un estadio más tardío cuando la simpatía consigue su cénit al desbordar los confines de la humanidad y «alcanza a todos los seres sensibles» (DM, 126).

Esta forma de entender la simpatía, que recuerda la distinción humeana entre simpatía limitada y simpatía amplia, no es lo único que mantiene juntos a Darwin y al filósofo escocés. Ambos coinciden en señalar que la simpatía influye en la valoración de las acciones, implica juicios de aprobación o desaprobación y tiene un valor práctico indudable para garantizar la estabilidad social. Pero a diferencia de Hume, Darwin no equipara lo que es merecedor de aprobación con lo que suscita un sentimiento placentero o con aquello que revela cierta utilidad. Tampoco propone una instancia como la del «espectador prudente» que permita corregir las impresiones que suscitan los sentimientos. Darwin, al no establecer un elemento independiente de la simpatía para enjuiciar las acciones, nos obliga a representarnos la simpatía como un motivo y como un criterio; o, por emplear sus palabras, como un «sentimiento interno» y como un «fiscal interior». Tenemos, entonces, que, por un lado, la simpatía es aquello que nos impulsa a realizar acciones morales y de la que se derivan los efectos del «amor al halago, el sentimiento vehemente de gloria y el horror, aún más grande, al desprecio y a la infamia» (DM, 113). Y tenemos, por otro lado, que si la simpatía se refuerza con el hábito y el poder de razonar, entonces «el hombre puede valorar imparcialmente los juicios de sus semejantes y sentirse impulsado, libre de impresiones transitorias de placer y dolor, a seguir determinadas líneas de conducta» (DM, 113). Estas líneas de conducta quedan sintetizadas para Darwin en dos reglas morales superiores. La Regla de Oro: «querer para los otros lo que queremos para nosotros mismos» (DM, 131), y una versión del principio utilitarista sobre el bienestar general que Darwin denomina «norma moral sobre el bien general»: «producir dentro de las condiciones existentes el mayor número de individuos con pleno vigor y salud, dotados de fa-

cultades todo lo perfectas posibles» (DM, 124). Esto parece apuntar a que la simpatía está presente en dos fases de la formación de la conciencia moral. En la primera, la simpatía sería lo que nos impulsa a conectar afectivamente con los demás y suscitar una reacción inicial de aprobación o censura. Ahora bien, para ello requiere la presencia de al menos dos virtudes: la prudencia y el autodominio. Mientras la primera señala una disposición del carácter a sacrificar parte del bienestar individual en aras del bienestar general, el autodominio remite a la capacidad para acomodar los deseos, pasiones y sentimientos a la opinión de los semejantes. Una forma de ganarse la simpatía de los demás consiste en proporcionarles ayuda y asumir la obligación de actuar bajo el principio de reciprocidad. En esta primera fase, podemos hablar de una internalización de la moral convencional desde el momento en que tanto el elogio como la censura carecen de objetividad y su justificación queda reducida a la mera coincidencia o no con el sentimiento general que despierta en los demás cualquier acción. Así entendida, la ética vendría a ser una sistematización de lo que los hombres aprueban o desaprueban renunciándose a la justificación y presuponiendo, como en el caso de Hume, una conciencia moral unitaria. En la segunda fase, «el instinto que es mayor o más constante que los otros, provoca un sentimiento que nosotros expresamos diciendo que es menester obedecerle (...), e implica la existencia de una regla de conducta» (DM, 634, 100, 119). Alcanzaríamos una condición similar a la autonomía moral kantiana, momento en el que «el hombre puede declararse juez supremo de su propia conducta o para decirlo con palabras de Kant: 'no violaré en mi propia persona la dignidad de la humanidad'» (DM, 113).

Se ha dicho hasta la saciedad que el naturalismo moral de Darwin tiene que refutarse, pues ninguna proposición normativa (la Regla de Oro y la regla del bien general entre ellas) puede derivarse de un conjunto de hechos como son las consideraciones descritas sobre la naturaleza humana. Las causas que explican la adquisición del sentido moral y los motivos para aceptar las exigencias de las normas morales son dos cosas distintas. No se puede deducir que tengamos que comportarnos de una u otra manera determinada a partir del hecho de que nuestra conciencia moral se ha desarrollado evolutivamente. Pero aún admitiendo esto, nos queda por preguntar si la objeción en cuestión convierte en irrelevante la perspectiva evolutiva de la moral y si el naturalismo moral defendido por Darwin queda en entredicho cuando se traen a colación los argumentos sobre la falacia naturalista. Coincido con Dennett¹¹ cuando afirma que el error no radica tanto en el argumento falaz del naturalismo como en la forma apresurada y simplista en que se procede a pasar de los hechos a los valores. Si deshacemos el vínculo que une nuestra condición natural e intereses con las exigencias éticas, no queda más alternativa que recurrir a los «ganchos celestes» de la religión y la metafísica. El naturalismo ético de Darwin argumenta que nuestra experiencia moral requiere de una idea y una práctica de la libertad basada en nuestra capacidad natural para deliberar sobre nuestros deseos¹². Si la diferencia que media entre lo que se quiere y lo que se debe hacer se lleva hasta el extremo de situar al deber en un ámbito trascendente, entonces se desdibujará el rostro humano de la moral. El carácter natural de la moral viene determinado por lo que somos y por el marco social en el que

vivimos; un marco donde nuestros deseos y lo que queremos se confronta con los deseos e intereses de los demás. De modo que lo moralmente debido sólo puede entenderse cuando aceptamos que los miembros de la especie humana son individuos cuya naturaleza e instintos sociales han configurado una conciencia dispuesta a aceptar normas justificadas y a compartir los sentimientos que se derivan de su cumplimiento o su transgresión.

Se ha objetado igualmente que en su apelación a la simpatía como motor y fin que aúna a los hombres, Darwin pone en entredicho el carácter no teleológico de su principio fundamental de la selección natural. Y es que si la selección natural no tiene fines esto incluye también los fines morales. De modo que en aras de la coherencia no debería admitirse la idea del progreso moral a través de la extensión de la simpatía, la cual partiendo del círculo familiar llega a toda la humanidad atravesando a todos los seres sensibles. A Darwin, sin embargo, no se le escapa que, si bien la selección natural sienta las bases para el desarrollo del sentido moral, su perfeccionamiento obedece al «hábito, las capacidades intelectuales, la instrucción y la religión» (DM, 642). Y si nada prueba que el progreso moral coincida con el progreso evolutivo esto no supone necesariamente una nueva forma de abrir la brecha entre lo que somos y lo que queremos. La especie humana es biológicamente adaptativa y su historia es una prolongación del proceso evolutivo general, pero no hay que olvidar que tenemos el poder de transformar nuestra condición biológica del mismo modo que podemos modificarnos desde el punto de vista moral. El futuro y el destino de todos los seres vivos están en manos de los hombres, lo cual si bien puede llenarle de orgullo al verse situado en la cúspide de la escala orgánica, no debería ser obstáculo para reconocer, como concluye su libro Darwin, que el hombre con todas sus exaltadas facultades intelectuales y morales «lleva en su armazón corporal el sello indeleble de su ínfimo origen» (DM, 643).

NOTAS

¹ Sigo la segunda edición, aparecida en 1872, en la versión de la de editorial americana Prometheus, Nueva York, 1998. De ahora en adelante DM y número de página.

² Cfr. L. Arnhart, «The New Darwinian Naturalism in Political Theory», en *American Political Science*, vol. 89, nº 2, 1995, pp. 389-400, p. 389, y P. Thompson, «Evolutionary Ethics: Its Origins and Contemporary Face», en *Zygon*, vol. 34, nº 3, 1999, pp. 473-484, p. 473.

³ M. Midgley, «The origin of ethics», en P. Singer (comp.), *A Companion to Ethics*, Basil Blackwell, Londres, 1993, pp. 3-14.

⁴ Sigo aquí a E. Mayr en su libro *Así es la biología*, Debate, Madrid, 1995, pp. 269 y ss.

⁵ Dejo de lado toda la polémica sobre el gradualismo darwiniano frente al equilibrio puntuado defendido entre otros por S. J. Gould. Sobre este y otros problemas de la concepción darwinista, véase J. Sampedro, *Deconstruyendo a Darwin*, Crítica, Barcelona, 2002, y en especial el capítulo 5.

⁶ Cfr. C. J. Cela Conde, «El naturalismo contemporáneo», en V. Camps (ed.), *Historia de la ética*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 601-634, y, del mismo autor, *De genes, dioses y tiranos*, Alianza, Madrid, 1985, esp. cap. 1.

⁷ Cfr. D. D. Raphael, «Darwinismo y ética», en S. A. Barnett y otros, *Un siglo después de Darwin*, vol. 1, Alianza, Madrid, 1982, pp. 209-239, p. 210.

⁸ Cfr. Ch. Darwin, *The Descent of Man. o. c.*, cap. 3.

⁹ Cfr. D. D. Raphael, *o. c.*, p. 219.

¹⁰ Cfr. Soshichi Uchii y su artículo «Darwin on the evolution of Morality», en «Three Essays on Ethics», *Memoir of the Faculty of Letters*, nº 38, Kyoto University, 1999. El artículo se puede leer también en la siguiente dirección de Internet: www.bun.kyoto-u.ac.jp/~suchii/D.onM.html.

¹¹ Cfr. D. C. Dennett, *La peligrosa idea de Darwin*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1999, pp. 779 y ss.

¹² Cfr. L. Arnhart, *o. c.*, p. 393.